



ABIERTOS AL FUTURO  
PARA ESTAR ABIERTOS A DIOS.  
TERESA CONTRA LA INVOLUCION  
ESPIRITUAL Y SOCIAL.

Josep Vives

*Hoy mucho se habla de "involución", como fase regresiva de diversos procesos. También se habla de involución de la Iglesia. El genio y espiritualidad de Teresa se vuelven contra todo lo que es estancamiento o regresión. Es lo que nos muestra este trabajo, publicado en SAL TERRAE, Febrero 1982.*

Teresa, mujer abierta al futuro  
porque abierta a Dios.

No se necesita, en absoluto, forzar las cosas para presentar a la Santa como una llamada contra cualquier involución, sencillamente porque era una mujer toda abierta a Dios y toda abierta a los hombres; toda llena de fe en las promesas de Dios y toda descuidada de cualquier forma de seguridades humanas; totalmente inflamada de caridad y totalmente olvidada de sí y de sus cosas. No hay santos involutivos: los santos nunca miran hacia atrás, porque están siempre pendientes de Dios, que es promesa y futuro. Viven del convencimiento de que Dios quiere hacer siempre nuevas y más cosas con ellos y ésa es su única preocupación. Frente a tantos temores que amenazan agostar nuestra vida, ojalá se nos diera a sentir y vivir, en este centenario, aquello que expresara tan bellamente el mejor de sus discípulos: "Que la esperanza del cielo, tanto alcanza cuanto espera". Porque

sospecho que "involucionar" equivale a dejar ya de esperar.

Cuando los hombres se sienten inseguros -que es casi siempre- buscan defensas, construyéndose un hábitat hecho de seguridades que "bloqueen" a todo posible enemigo. Pronto sucede que es el mismo hombre quien se siente bloqueado dentro de sus propias seguridades. Lo que parecía proteger, impide crecer. Tras los clarines que anuncian el derribo de murallas, llega inevitablemente el sentimiento en carne viva de la primera inseguridad. Asumir este proceso, sin dejarse ahogar en él, -porque el hombre no puede dejarse aprisionar sin morir-, requiere mucha madurez. Pocas personas saben asumir los límites y, desde ellos, construir futuro.

Cristianamente, la involución es simplemente "pecado". Del pecador dice San Agustín que es *incurvatus in se ipsum*, que podría traducirse como "involucionado sobre sí mismo". Es la condición del que se empeña en encontrar en sí mismo el principio de ser y de sentido, negándose a reconocer que le vienen dados gratuitamente por Otro y han de ser simplemente acogidos con gozo agradecido y confiado. *Dios es progresivo*, aunque no sea lo que se entiende por "progresista": el mundo y el hombre -lo dice bien claro la Biblia- no son para ser lo que son, sino para llegar a ser lo que Dios "predestinó que fueran antes de los siglos". Involucionar es dejar de tener fe en la promesa, cerrarse al don siempre mayor de Dios, buscar de nuevo las propias seguridades. La Madre Teresa lo había entendido bien:

"Quería dar voces y dar a entender a todos lo que les va en no se contentar con cosas pocas y cuánto bien nos dará Dios en disponiéndonos nosotros. Digo que son estos deseos de manera que me deshago entre mí, pareciéndome que quiero lo que no puedo" (Cuenta de Conciencia, 1,5)".

Contra la involución ambiental:  
"pelear con una sombra de muerte".

La más peligrosa de las involuciones es la que ni siquiera se presenta como tal. No lo es en el sentido de ir hacia atrás, sino de instalarse en lo usado, cerrándose a toda llamada hacia adelante.

Quien haya leído los primeros capítulos de la *Autobiografía* de Teresa sabe cómo la tentación de lo fácil rasguñó su espíritu. Desde la primera página, la Santa muestra

tener conciencia exacta de lo que ahora llamamos el fenómeno involutivo: ella sabe que su fallo está en no haber ido adelante en el camino por el que Dios la había iniciado: "Fatígame ahora ver y pensar en qué estuvo el *no haber estado yo entera en los buenos deseos que comencé*". La simpática moza que siempre fue, sabía el atractivo que ejercía a su alrededor. Era lo natural en una adolescente agradecida que despierta a la vida, pero ella se sabía acosada por Dios:

"No me parece os quedó, Señor, nada por hacer para que desde esta edad fuera toda vuestra". "Andaba su Majestad disponiendo de mí, que sin quererlo yo me forzó a que me hiciera fuerza".

Difícilmente podría expresarse mejor cómo se entrecruzan en el corazón humano la gracia y la libertad. Desde la madurez en que escribe, Teresa lo ve claro; no debió estarlo tanto en la adolescencia en que lo vivió. Teresa ha de optar entre el amor como juego o el amor como entrega: amor involutivo, puro narcisismo que distrae hacia lo intrascendente, o amor que personaliza. Lo que me parece de mayor interés en estos primeros capítulos de la *Autobiografía* es la clara conciencia de que todo ser humano está situado, en todo momento, ante esa alternativa ineludible: o amor abierto que pone todo su gozo en dar y darse, hasta terminar dándose totalmente al que es fuente de todo don, o amor cerrado que pone su gozo en poseer y poseerse, y que acaba en la involución estéril y aniquiladora.

Mientras vivió este proceso, debió costarle a Teresa dolores de muerte. "En esta batalla estuve tres meses forzándome a mí misma", antes de ser monja. Y una vez monja, hubo de padecer lo mismo y más. El fenómeno se repitió varias veces en la primera parte de su vida religiosa hasta su definitiva conversión en 1554: había como una pugna entre la llamada de Dios al amor total y la praxis establecida por el ambiente y aun sancionada por confesores y moralistas de pacotilla. No es extraño que dijera luego de los maestros de espíritu:

"Gran daño hicieron a mi alma confesores medio letrados". "Han de mirar que sea tal que no los enseñe a ser sapos, ni que se contente con que enseñe al alma a sólo cazar lagartijas" (V,13,3).

La mayoría de ellos no suele ser exigente: tienden a lo fácil, a la involución. Hacia 1558, cuando Dios empieza a

favorecerla con gracias especiales, empiezan a oírse murmuraciones como ésta:

"¿Quién le mete a Doña Teresa en estas intervenciones? ¿Para qué estos extremos y novedades? ¿Tanta oración y tanta contemplación, y andar allí escondida por los desvanes y rincones de la casa? Vaya al coro y siga a la comunidad, y haga lo que las demás hacen..."

Es el lenguaje típico de los que se abandonan: lo que no es la rutina de siempre es novedad extremosa. La Santa explica que fue como una "batalla y contienda de tratar con Dios y con el mundo":

"Entendía mi alma que no era hacer lo que estaba obligada por quien tanto debía. Lástima la tengo ahora de lo mucho que pasó y del poco socorro que de ninguna parte tenía, sino de Dios, y la mucha salida que le daban para sus pasatiempos y contentos, con decir que eran lícitos...". (Se refiere al estilo de vida en la Encarnación, monasterio no especialmente relajado y disoluto).

"Deseaba vivir -que bien entendía que no vivía, sino que peleaba con una sombra de muerte- y no había quien me diese vida, y no la podía yo tomar, y quien me la podía dar tenía razón de no socorrerme, pues tantas veces me había tornado a Sí y yo dejádole" (V, 8,11-12).

La descripción es perfecta: luchar contra la involución ambiental, contra el conformismo y la autocomplacencia es como "pelear contra una sombra de muerte". La peor involución no es la de los fanáticos, sino la de los autosatisfechos. El milagro de la gracia en Santa Teresa fue hacer de su vida una lucha egregia contra esa actitud. Los consejos del célebre cap.13 de la *Vida* podrían servir de sumario recordatorio en este punto:

Procúrese a los principios andar con alegría y libertad... Conviene mucho no apocar los deseos, sino creer en Dios que, si nos esforzamos, poco a poco, aunque no sea luego, podremos llegar a lo de muchos santos con su favor, que si ellos no se determinaran a desearlo y poco a poco a ponerlo por obra, no subieran a tan alto estado. Quiere su Majestad y es amigo de ánimas animosas, como vayan con humildad y ninguna confianza de sí... Espántame lo mucho que hace en este camino animarse a grandes cosas: aunque luego no tenga fuerzas el alma, da un vuelo y llega a mucho, aunque luego -como avecita que tiene pelo malo- cansa y queda... Estas primeras determinaciones son gran cosa ... De esto me pesa a mí, que tengamos tan poca confianza en Dios y tanto amor propio que nos inquiete ese cuidado... Va mucho a los principios de comenzar oración a no amilanar los pensamientos: créanme esto porque lo tengo por experiencia..."

Frente al involucionismo social: "no hacer caso ninguno del linaje las que quieren ser hijas de Dios".

La sociedad española, en tiempos de Teresa era menos tranquila y estable de lo que podríamos suponer. Estaba como a medio hacer, mal integrada en sus diversos componentes. Se había logrado la unificación del territorio, pero no una verdadera reconciliación e integración de las personas: nobles, hidalgos y villanos por un lado; cristianos viejos, judíos y moriscos por otro. Una amalgama de clases en lucha encubierta, pero sordamente real, llevada a cabo con las armas inconfundibles de la sospecha, la represión y el miedo. El poder político se lo apropiaban los nobles e hidalgos; el poder económico y real y las fuerzas culturales y progresivas del país estaban más bien en manos de los odiados descendientes de judíos y moriscos.

La tragedia de España estuvo en que no hubo capacidad para formar una sociedad única por integración, sino por exclusión: en 1492 se dio la primera expulsión de los judíos; en 1690 la de los moriscos. Entre ambas fechas, constantes procesos contra judaizantes, alumbrados, eramistas, luteranos... Media España sospechaba de la otra media y todos vivían con miedo. Comenzaba la tragedia de las dos Españas...

Y con todo, hubo hombres y mujeres soberanamente libres ante esta situación: no atacaron al sistema desde fuera -hubieran sido aplastados por él-, pero lo corroyeron desde dentro creando ámbitos de libertad, de integración social y de inconformismo. Uno de esos ámbitos fue la reforma carmelitana.

El descubrimiento de la ascendencia judía de Teresa causó sensación. Su abuelo, Juan Sánchez, era judío converso: penitenciado en 1485, se traslada de Toledo a Avila para olvidar el baldón. Allí logra casar a sus hijos con hijas de cristianos viejos y hacerse con ejecutorias de limpieza de sangre. En la siguiente generación, la de Teresa, la ascendencia judía del abuelo parece ya olvidada. Se finge no conocerla y la propia Santa jamás hará mención de su linaje, de cuyo conocimiento tuvo que tener conciencia. Es lo único que podía hacerse. El que no alcanzaba un "estatuto de

limpieza" quedaba excluido de los cargos públicos, de las órdenes religiosas, de las universidades... expuesto y vulnerable a toda clase de denuncias, muchas veces anónimas.

Si teresa no hizo la más leve alusión a su ascendencia, sí reaccionó, por el contrario, vigorosamente contra toda forma de discriminación por motivos de sangre: sus "palomarcicos" se convirtieron en focos humildes pero potentes contra aquella forma de involución social. En el *Camino de Perfección* habla de "lo mucho que importa no hacer caso ninguno del linaje de las que de veras quieren ser hijas de Dios".

"Siempre he estimado más la virtud que el linaje". dirá en las *Fundaciones*, y cuando -apropósito de una de esas fundaciones a cargo de un comerciante, probablemente judío- se enfrenta a toda la nobleza eclesiástica y civil de Toledo y a sus prejuicios sociales, Teresa lo hace no sola ni a capricho, sino instruida y apoyada por su Señor:

"No sabiendo a qué me determinar, nuestro Señor me quiso dar luz en este caso, y así me dijo una vez cuán poco haría al caso delante del juicio de Dios estos linajes y estados y me hizo una represión grande, porque daba oídos a los que me hablaban de esto".

"La tabla de barrer se comience desde la M. Priora", dicen las *Constituciones* de la Madre Teresa (6,1), en fuerte contraste, por ejemplo, con las que por aquel tiempo se escribieron para las Clarisas Descalzas Reales de Madrid:

"El número de monjas sea moderado: 33 y no más, nobles e hijas de algo, y por lo menos limpias de sangre... Habrá en el monasterio tres beatas, y con ellas tres sirvientas, las cuáles entiendan en aquellos servicios y ministerios que se acostumbran en la dicha Orden".

No sé si hoy nos damos cuenta de hasta qué punto los "palomarcicos" de Teresa eran no sólo una reforma religiosa, sino una revolución social. Sus motivos eran, ciertamente, evangélicos (Dios es Padre de todos), pero, además, su sagacidad le había hecho observar que no eran los de mejor alcurnia aquellos de quienes más se podía fiar. A propósito de cierto caballero principal de Salamanca que había faltado a su palabra por motivos interesados, dirá:

"No hay que fiar de esos hijos de Adán, ...con ser caballeros que dicen a una voz que su palabra bastaba por escritura...". (Carta de 4 de Oct. 1574,4).

Por poco que uno acierte a leer entre líneas en esa fascinante epopeya que son las *Fundaciones*, uno se dará cuenta de que aquella sociedad, siempre a punto para los más grandes lances de honor y profesiones de piedad, estaba en realidad corroída por los más mezquinos egoísmos y sórdidos intereses, no ya de prestigio, sino de dinero. Son bandadas los que quieren aprovecharse de ella para sus intereses. La Santa ha de forcejear, luchar, pero no se inmuta: sabe lo que quiere su Señor y, desde lo que de El escucha, se convierte en voz de la libertad de los hijos de Dios contra una sociedad cerrada sobre sus propios intereses.

*Contra la involución institucional: "podría ser me levantas algo y fuesen a los inquisidores"*.

La reforma de Teresa fue un milagro de los que el Señor ha de ir haciendo constantemente para impedir que sus representantes lleguen a ahogar la semilla del Evangelio. Sólo el General de los Carmelitas, P. Rubeo, parece haber comprendido plenamente la idea de la Santa. Los demás, casi todos, se le oponían o enfrentaban. La involución trabajaba a través de ellos. Jamás se enfrentó Teresa con ninguna autoridad legítima. No existe la "Teresa rebelde" o la "Teresa contestataria". Sólo la Teresa de fe, paciente, confiada, tenaz, sutil... Es como la corriente de agua que termina venciendo todo obstáculo. Magnífica maestra para tiempos de involución institucional:

"¡Oh válame Dios, qué de cosas he visto en estos negocios, que parecían imposibles, y cuán fácil ha sido a su Majestad allanarlas... Que ahora que lo estoy escribiendo me estoy espantando y deseando que N.S. dé a entender a todos cómo en estas fundaciones no es casi nada lo que hemos hecho las criaturas. Todo lo ha ordenado el Señor por unos principios tan bajos, que sólo su Majestad lo podía levantar en lo que ahora está. Sea por siempre bendito". (*Fundaciones*, 13,7).

El ser mujer no le favorecía. Teresa lo sabe, pero, de nuevo, no se rebela: lo admite, lo asume hasta con desenfado y gracejo y, así, lo supera. Vea el lector la soberana finura con que este punto es tratado al comienzo del *Camino de Perfección*:

"Como me vi mujer y ruin y imposibilitada de aprovechar en nada en el servicio del Señor... determiné a hacer eso poquito que yo puedo y es en mí, que es seguir los consejos evangélicos con toda la perfección que yo pudiese, y procurar que esta poquitas que están aquí hiciesen lo mismo..." (*Camino*, 1,2).

Da la impresión de que sus frecuentes confesiones de que como débil mujer no vale nada, no son más que una treta femenina para desarmar de antemano al posible adversario tocado de misoginismo ambiental. De hecho, ella está muy segura de que no por ser mujer ha de dejar de hacer lo que debe. Y eso es lo que inculca a sus hijas:

"No quería yo, mis hermanas, sino que pareciesen varones fuertes: que si ellas hacen lo que es en sí, el Señor las hará tan varoniles que espanten a los hombres" (ib. 11,8).

No hay aquí ni aspavientos contestatarios ni complejos reprimidos. Sólo conciencia clara de lo que puede y debe hacer.

Al General P. Rubeo escribe sin rebozos: "Mire vuestra Señoría que... aunque las mujeres no somos buenas para el consejo, alguna vez acertamos" (Carta 98).

¡Y tanto que acertaba Quizá era eso precisamente lo que molestaba a los sesudos varones, como el Nuncio Segá, que fue quien espetó aquello de:

"Fémína inquieta y andariega, desobediente y contumaz, que a título de devoción inventaba malas doctrinas, andando fuera de la clausura contra la orden del Concilio Tridentino y preladados, enseñando como maestra contra lo que San Pablo enseñó, mandando que las mujeres no enseñasen".

La historia ha mostrado que la Santa era llevada por el ímpetu de Dios, mientras que el autosatisfecho Nuncio no era sino un pobre dignatario al servicio de la involución.

No es extraño, después de lo que llevamos dicho, que el P. Salinas dijera al P. Báñez sobre Teresa: "Me habíais engañado diciéndome que era mujer; a fe que no es sino hombre varón, y de los más barbados".

Era inevitable que Teresa topase con la Inquisición. En aquel tiempo, todos los que se ponían a servir seriamente a Dios se la encontraban: Ignacio de Loyola, Francisco de Borja, Juan de Avila... Teresa nos narra como su primera experiencia de encuentro con el omnipresente Tribunal los efectos de la publicación del Índice de Libros Prohibidos del Inquisidor Fernando Valdés en 1559, que la dejó sin poder leer sus habituales libros de devoción. Se prohibían prácticamente todos los libros religiosos en romance, medida que sometía



a los laicos a una tutela todavía mayor por parte de los clérigos. Teresa no protestó -¿quién podía hacerlo?-, pero se dolió y se quejó a su Señor. Y éste le contestó: "No tengas pena, que yo te daré libro vivo".

El libro de su *Vida* llegó al olfato de los Inquisidores, que lo reclamaban llenos de sospechas. Un inquisidor pone discretamente en autos a su amigo el P. Gracián. Lo que éste escribió muestra cómo no se podía tomar a la ligera todo lo referente al Santo Tribunal:

"El Inquisidor dióme una represión muy grande por haber traído a las monjas descalzas allí, diciéndome unas palabras preñadas muy graves de la M. Teresa, de la manera que ellos pueden y suelen decir. Atormentáronme tanto aquellas palabras, que andaba fuera de mí... Púsoseme delante ser yo la causa de destruirse toda la Orden, y perderse el crédito de las descalzas, prendiendo la Inquisición a la M. Teresa... Aquel mismo año sacó la Inquisición al cadalso a una Da. Catalina por cosas de ilusiones, y la azotaron, siendo tenida antes en reputación de gran santa".

Una testigo nos refiere lo que la Madre decía a un fiel amigo en este trance: (La angustia de las monjas la expresaba luego la Santa en una carta: "Y venir a deshora, y sin saber para qué, y no una vez sola..."): "Por mí no me importa; solamente me da cuidado no se alteren estas plantas tiernas". Pero quizá lo mejor es la actitud posterior de la Santa para con la monja neurótica que la delató: "Siempre que trataba de ella, hablaba muy bien y con mucha blandura". Así son los santos.

*Contra la involución espiritualista: "El mayor servicio que se os puede hacer es dejaros a Vos por amor de los hijos de los hombres"*.

Oí decir una vez que los que amamos poquito y mal solemos tender a pensar que sólo amamos a Dios cuando no amamos a nadie. La Santa decía:

"Tengo por cierto que se evitarían grandes males si entendiéramos que no está el negocio en guardarnos de los hombres, sino en no descontentaros a Vos" (*Vida*, 2,7).

El problema no suele estar en que amemos demasiado a los hombres, sino en que los amamos poco y mal porque no amamos a Dios. Teresa lo había visto claro una vez que logró romper con aquellos flirteos adolescentes que no llevaban a ninguna parte. Desde entonces se entregó a amar a Dios con amor

total y desde entonces no tuvo problema en amar a los hombres con entrega generosa de sí. Años después de su muerte recordará Ana de Jesús que la Madre pasaba todas las noches por las celdas para bendecirlas y, como en una ocasión expresara su sorpresa ante la profunda mirada de la Madre, ésta le replicó: "Mírola, hija, porque la quiero mucho". La Santa castellana no andaba con remilgos a la hora de expresar sus afectos:

"En dejar las hijas y hermanas mías cuando me iba de una parte a otra, yo os digo que, como yo las amo tanto, que no ha sido la cruz más pequeña: en especial cuando pensaba que no las volvería a ver y veía su gran sentimiento y lágrimas. Que aunque están de otras cosas desasidas, esta no se la ha dado Dios, por ventura para que me fuese a mí más tormento, que tampoco lo estoy de ellas, aunque me esforzaba todo lo que podía para no mostrárselo y las reñía." (Fundaciones 27,18)

Preciosa confidencia que nos permite penetrar un poquillo en los repliegues íntimos del corazón de la Madre. Los guardianes de la moral se han extrañado siempre de la desenvoltura con que expresaba su afecto, bien humano, por el P. Gracián: y los censores han llegado a desear que desaparecieran de sus escritos tales o cuales expresiones de cariño. Pero ella sabía por dónde se andaba: escribiendo a la Priora de Valladolid, dice: "Me tiene espantada, porque me tiene una amistad que ninguna cosa se traba, si nó es el alma... Es otra amistad, como le digo, *antes da libertad*" (Carta 85). Al mismo Gracián escribirá: "Oh Jesús, y qué cosa es entenderse un alma con otra, que ni falta qué decir ni da cansancio" (Carta 169).

Para Teresa todo amor auténtico tiene una dimensión divina. Si los hombres no son sino el objeto del amor de Dios, no tiene sentido pretender dejar a los hombres por amor de Dios: todo es uno.

Oh Jesús mío, cuán grande es el amor que tenéis a los hijos de los hombres, que el mayor servicio que se os puede hacer es dejaros a Vos por su amor y ganancia, y entonces sois poseído más enteramente: porque, aunque no se satisface tanto en gozar la voluntad, el alma se goza de que os contenta a Vos y ve que los gozos de la tierra son inciertos... si no van acompañados con el amor del prójimo. Quien no le amare no os ama, Señor mío, pues con tanta sangre vemos mostrado el amor tan grande que tenéis a los hijos de Adán". (Exclamación 2).

Es tan grande el amor que su Majestad nos tiene, que en pago del que tenemos al prójimo hará que crezca el que tenemos a su Majestad por mil maneras: en esto yo no puedo dudar", (Moradas, V, 3,8).

Para la Madre no hay lugar a evasiones o involuciones espiritualistas: Dios lo es todo en todo. Ella le ha experimentado en momentos de sublime experiencia mística: pero sabe que está igualmente entre los pucheros de la cocina o en los fastidiosos negocios de las fundaciones. El Señor le había dicho: "No está la ganancia en gozarme más, sino en hacer mi voluntad" (Cuenta de Conciencia, 16).

### Una llamada a la libertad.

Cuando Teresa explica los efectos de su conversión, exclama gozosa: "Sea Dios bendito por siempre, que *en un punto me dio la libertad...* que muchos años había no pude alcanzar conmigo" (Vida 24,10). Teresa es una llamada contra la involución, porque es una incitación a la entrega total e incondicional a Dios, y Dios es libertad. Su cuenta de conciencia de 1563 vale como un manifiesto:

"Me parece he recibido de nuevo... mucha mayor libertad. Hasta ahora parecía había menester a otros y tenía más confianza en ayudas del mundo. Ahora entiendo claro ser todos unos palillos de romero seco, que asiéndose a ellos no hay seguridad, y que en habiendo algún peso de murmuraciones o contradicciones, se quiebran. Y así tengo experiencia que el verdadero remedio para no caer es asirnos a la cruz y confiar en el que en ella se puso. Hállole amigo verdadero, y hállome con esto en un señorío que me parece podría resistir a todo el mundo que fuese contra mí, con no me faltar Dios.

Se me antoja que habría que leer este texto como un "Memorial para tiempos de involución": nada de rebeliones vocingleras que pocas veces van más allá del estéril pataleo, y nada de quejumbres o depresiones conformistas. Nada nos puede quitar la iniciativa ni la libertad para trabajar, cuando se está convencido de que se trabaja por Dios y se pone en él toda la confianza y ninguna en los "palillos de romero" que son los pobres hombres. "*Me espanto de la libertad que me da Dios*", repetirá en las cartas. Es que se ha agarrado a la cruz, donde ha hallado al "*amigo verdadero*", es decir, inexorablemente fiel: aquí es donde se alcanza aquel señorío capaz de resistir a todo el mundo. Por esto prosigue en la misma Cuenta de conciencia:

"Entendiendo esta verdad tan clara, solía ser amiga de que me quisiesen bien, y ya no se me da nada, antes parece que me cansa... En muy grandes trabajos y persecuciones y contradicciones que he tenido estos meses,

háme dado Dios gran ánimo; y cuanto mayores, mayor, sin que yo me canse de padecer. Y con las personas que decían mal de mí, no sólo no estaba mal con ellas, sino que me parece les cobraba un nuevo amor..."

¿Que todo esto resulta idealista, utópico? También lo era para la Santa. Pero los santos saben que están llamados a hacer realidad, con Dios, la utopía. Por esto acaba: "No sé cómo era esto: bien dado de la mano del Señor".



Vuestra soy, para Vos nací,  
¿Qué mandáis hacer de mí?

...

Dadme muerte, dadme vida:  
Dad salud o enfermedad,  
Honra o deshonra me dad,  
Dadme guerra o paz cumplida,  
Flaqueza o fuerza a mi vida,  
Que a todo diré que sí.  
¿Qué queréis hacer de mí?

...

Dadme riqueza o pobreza,  
Dad consuelo o desconsuelo,  
Dadme alegría o tristeza,  
Dadme infierno o dadme cielo,  
Vida dulce, sol sin velo,  
Pues del todo me rendí.  
¿Qué mandáis hacer de mí?